

El papel de los otomíes en las culturas del Altiplano Central: 5000 a.C.-1650 d.C.

David Charles Wright Carr

Ponencia presentada en el *Primer coloquio sobre otopames*, organizado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Universidad Autónoma del Estado de México, la Universidad Autónoma de Querétaro y la Universidad Nacional Autónoma de México, Querétaro, Qro., 22 de septiembre 1995. Se volvió a presentar en el *Segundo encuentro de regiones indígenas hñahñu, ñuhu, ñhato, ñuhmu (otomí)*, organizado por el Comité de Derechos Humanos de la Sierra Norte de Veracruz, el Consejo Indígena Tzedi Xoghü de Querétaro, Comunidades del Valle, A.C. y Servicios para el Desarrollo, A.C., San Bartolo Ozocalpan, municipio de Chapantongo, Hgo., 5 de octubre de 1996.

Este texto fue publicado en el periódico *Relaciones, estudios de historia y sociedad* (El Colegio de Michoacán), no. 72, otoño 1997, pp. 225-242. Se volvió a publicar en un "libro electrónico", distribuido en disquetes: *Memoria del Primer coloquio sobre otopames*, E. Fernando Nava L., coordinador, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997. El mismo texto forma parte del volumen impreso: *Otopames, memoria del primer coloquio, Querétaro, 1995*, E. Fernando Nava L., compilador, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002 (2a. ed. 2004).

Derechos reservados © 1995 David Charles Wright Carr
Última actualización: 1 de febrero de 2006

Introducción

Desde el siglo XVI los otomíes han sido menospreciados en la mayor parte de los estudios realizados hasta ahora sobre las culturas prehispánicas del Altiplano Central. Su papel en los procesos culturales regionales no ha sido entendido por muchos investigadores. Esta situación se debe en parte a la aceptación ingenua de la historia oficial del estado mexicana por parte de los cronistas de la época Novohispana, y después por algunos historiadores y antropólogos de la época moderna. Durante el siglo XX ha prevalecido una visión del pasado prehispánico del centro de México, en la cual los datos arqueológicos se cotejan con las fuentes etnohistóricas nahuas. Según esta visión los otomíes fueron, durante milenios, un pueblo de pobres marginados, viviendo a la sombra de las grandes civilizaciones de Mesoamérica. Se ha llegado a confundir a los otomíes con los chichimecas nómadas del Norte, debido a lecturas mal digeridas de ciertas fuentes etnohistóricas, notablemente la obra de Sahagún (1979: lib. 10, cap. 29). Este estereotipo de los otomíes antiguos como pobres y dominados es reforzado por una imagen contemporánea del otomí como habitante del desierto que explota el maguey para sobrevivir. Esta visión no toma en cuenta que no todos los otomíes viven en el desierto; su desplazamiento de las mejores tierras de la región ha sido un fenómeno gradual desde la llegada de los nahuas al Altiplano Central.

Para entender el papel de los otomíes durante la época Prehispánica es necesario tomar en cuenta los estudios lingüísticos. El cotejo de éstos con el registro arqueológico nos permite formar una visión más acertada del papel de los otomíes, y de otros grupos indígenas centromexicanos, en el desarrollo cultural de la región. Para hacer la historia de los otomíes durante el Posclásico Tardío y principios de la época Novohispana, debemos

analizar, aparte de los datos arqueológicos, las fuentes etnohistóricas escritas por los otomíes mismos (o por españoles quienes trabajaron con informantes otomíes). De esta manera llegaremos a comprender con mayor precisión el papel de este grupo etnolingüístico a través de los milenios.

La prehistoria lingüística: una herramienta para el estudio de los otopames

El idioma otomí pertenece a la rama otopame, que abarca los idiomas otomí, mazahua, matlatzinca, ocuilteco, pame del Norte, pame del Sur y chichimeco jonaz (Hopkins, 1984: 30; Lastra, 1995: 453; Longacre, 1972: mapa; Swadesh, 1972: 93). En tiempos remotos hubo un idioma proto-otopame, del cual se derivaron las mencionadas lenguas. La rama otopame es una de varias divisiones lingüísticas que conforman la gran familia otomangue. Las demás ramas de esta familia, según una clasificación reciente (Hopkins, 1984: 30), son: popolocano, mixtecano, tlapaneco, amuzgo, chinanteco, zapotecano, huave y chiapaneco-mangue. La familia otomangue se extiende desde San Luis Potosí hasta Centroamérica.

Cuando me fijé por primera vez en los estudios lingüísticos sobre la rama otopame, un hecho me impresionó profundamente: hay un estrecho paralelo entre la ubicación geográfica de los grupos y su parentesco lingüístico. Dicho de otra manera, los grupos que hablan idiomas similares también ocupan territorios cercanos entre sí. Esto indica que los otopames no se han desplazado de una manera significativa, desde que se separaron las lenguas de un tronco común hace varios milenios (Wright, 1982: 5). Si los otopames mesoamericanos (otomíes, mazahuas, matlatzincas y ocuiltecos) hubieran migrado hacia los valles centrales de México desde alguna región más allá de la frontera norte de

Mesoamérica durante el Epiclásico (700-900 d.C.) o después, como han afirmado algunos investigadores, ¿cómo es posible que se hayan colocado en el paisaje de acuerdo con una clasificación lingüística que no conocían? Es evidente que los otopames de Mesoamérica ocuparon sus territorios actuales, en términos aproximados, desde antes de la diversificación interna de la rama.

La glotocronología es un método léxico-estadístico que permite saber, en términos muy aproximados, cuántos siglos mínimos de divergencia tienen dos idiomas emparentados. Se basa en cálculos de cantidades de cognados en conjuntos de palabras básicas (Hopkins, 1984: 25-30; Longacre, 1972; Swadesh, 1972). Su falta de precisión cronológica nos obliga a manejar las fechas glotocronológicas con cautela. Sin embargo, este método hace posible el cotejo tentativo de los datos lingüísticos con los arqueológicos. Para los fines del presente trabajo, la aceptación de un margen de error de cuatro o cinco siglos en las fechas glotocronológicas no afectaría a las conclusiones en sus aspectos fundamentales.

Varios investigadores han intentado reconstruir la prehistoria lingüística de la familia otomangue, incluyendo la rama otopame (Harvey, 1964; Hopkins, 1984; Jossierand/Winter/Hopkins, 1984; Manrique, 1975; 1988; 1993/1994; Marcus, 1983; Smith, 1983: 17-33; Winter/Gaxiola/Hernández, 1984). Es interesante observar que estos estudios coinciden, en términos generales, en cuanto a la ubicación geográfica de los diferentes grupos lingüísticos a través del tiempo. Está surgiendo un consenso sobre el papel de los otopames en las culturas del Altiplano Central. La prehistoria lingüística, aún tomando en cuenta su falta de precisión cronológica, permite desechar buena parte de las hipótesis que hoy están de moda sobre el pasado remoto de los otomíes.

Los otopames desde el periodo Protoneolítico hasta el Epiclásico

Periodo Protoneolítico (5000-2000 a.C.)

Al inicio del quinto milenio a.C. había un idioma proto-otomangue, ancestral a todos los idiomas de la familia otomangue. Los hablantes de este idioma probablemente fueron los que, de acuerdo con el registro arqueológico, domesticaron plantas como la calabaza, el maíz, el frijol y el chile. Cognados para estas plantas cultivadas, y algunas otras, son compartidos por varios idiomas de la familia otomangue, lo cual indica que los idiomas se separaron del tronco después de la domesticación de estas plantas (Harvey, 1964: 527-531; Hopkins, 1984: 32). Las fechas aportadas por la glotocronología coinciden aproximadamente con el fechamiento arqueológico para el cultivo de estas plantas en el valle de Tehuacán, Puebla (MacNeish 1964 y 1995; MacNeish/Nelken-Terner/Johnson). Esta cultura protoagrícola se desarrolló en una amplia región que se extiende desde los estados de Querétaro e Hidalgo hasta Oaxaca, pasando por la cuenca de México y los valles de Toluca, Morelos, Tlaxcala y Puebla.

Hacia mediados del quinto milenio, aproximadamente, empezó la diversificación interna del idioma proto-otomangue, separándose la rama proto-otopame del resto del grupo (Hopkins, 1984: 49-50; Josserand/Winter/Hopkins, 1984: 11; Marcus, 1983: 6). Esta separación posiblemente se debe a un mayor grado de sedentarismo, provocando un aislamiento mayor de los grupos (Winter/Gaxiola/Hernández, 1984: 69). Es significativo que los proto-otopames se separaron de un tronco lingüístico ubicado hacia el Sureste; esto hace poco probable que sus integrantes se hayan inmigrado al área mesoamericana desde el Norte, como han propuesto algunos antropólogos (e.g. Bernal, 1974: 262).

De esta manera, los proto-otopames probablemente habitaron, desde el cuarto milenio, los valles centrales: la cuenca de México y los valles de Hidalgo, Toluca, Morelos, así como parte de la zona poblano-tlaxcalteca (Hopkins, 1984: 49; Marcus, 1983: 6; Winter/Gaxiola/Hernández, 1984: 76; Wright, 1982: 5). Los estudios arqueológicos en el sitio de Zohapilco aportan datos valiosos sobre la transición hacia la vida sedentaria en la cuenca de México (Niederberger, 1976; 1987). Hacia mediados del cuarto milenio se inició el proceso de la diversificación interna de esta rama (Hopkins, 1984: 43). Surgieron entonces los idiomas proto-chichimeco, proto-pame, proto-otomí/mazahua y proto-matlatzinca/ocuilteco.

Periodo Preclásico (2000-150 a.C.)

Durante el Preclásico Temprano (2000-1200 a.C.) los valles centrales probablemente estaban poblados por agricultores otopames, quienes hablaban proto-otomí/mazahua en el Norte y proto-matlatzinca/ocuilteco en el Suroeste. Al norte de los valles centrales estaban los proto-chichimecos y los proto-pames. Los proto-chichimecos no parecen haber participado en el cambio hacia la vida sedentaria, debido a las condiciones áridas de su territorio. Los proto-pames pudieron haber sido agricultores en algún momento; es posible que su carácter marginal respecto a la cultura mesoamericana sea el resultado de cambios climáticos ocurridos durante el Posclásico, obligándolos a depender más de la caza y la recolección y menos del cultivo de las plantas (Armillas, 1991: 218-219; Braniff, 1989: 105-106; Brown, 1992: 101-106; Carrasco, 1950: 305-307; Soustelle, 1993b: 330-366).

Las innovaciones sociales del Preclásico Medio (1200-600 a.C.), el horizonte “olmeca”, tuvieron un impacto profundo en los agricultores proto-otopames de los valles centrales. La

presencia de obras de arte con una modalidad regional del estilo olmeca sugiere la adopción por parte de algunos grupos proto-otopames de este sistema iconográfico, que legitimizaba el poder político a través de la religión (Flannery, 1968: 105-108; Niederberger, 1976: 12-13; Reilly, 1989: 5-7). De esta manera se asentaron las bases para los desarrollos sociales del próximo periodo, el Preclásico Tardío (600-150 a.C.). Durante esta etapa surgieron varios centros de poder en los valles centrales. En Cuicuilco, en el sur de la cuenca de México, se realizaron obras hidráulicas para el riego, alimentando así a una población urbana relativamente numerosa (Palerm, 1980: 100-105). Los restos materiales del Preclásico en los valles centrales se pueden atribuir a las poblaciones nativas: los proto-otomí/mazahuas y los proto-matlatzinca/ocuiltecos.

Periodos Protoclásico y Clásico (150 a.C.-900 d.C.)

Estos periodos vieron el surgimiento, el auge y el colapso del centro urbano de Teotihuacan, una de las ciudades más grandes y poderosas de la Mesoamérica prehispánica. El registro arqueológico, en términos generales, parece indicar el poblamiento inicial de esta ciudad con grupos de los valles centrales, los cuales probablemente fueron otopames, como hemos visto. También llegaron inmigrantes de otras regiones, como Oaxaca y Veracruz, pero no hay evidencia de que éstos hayan formado más que enclaves minoritarios agrupados en barrios (Rattray, 1987). Muchos investigadores rechazan la idea de que Teotihuacan haya sido una ciudad otopame. Otros aceptan que la población base haya sido otopame, pero se sienten incómodos con la idea de gobernantes y sacerdotes pertenecientes a este grupo lingüístico. Esta situación probablemente se debe a la influencia de la visión denigrante de los otomíes, sembrada por los nahuas y cultivada por los españoles y por

algunos académicos modernos. Nadie niega que los gobernantes de Monte Albán hayan sido proto-zapotecos, o que los reyes de Palenque hayan sido proto-cholanas, al igual que sus súbditos. ¿Por qué se resiste la idea de que los proto-otomí/mazahuas de Teotihuacan hayan tenido gobernantes de su mismo grupo? Si los gobernantes teotihuacanos hubieran venido de otra región, esto sería notorio en el arte oficial de la ciudad. Pero se advierte cierta continuidad estilística en la arquitectura y en el arte suntuario de los valles centrales desde el Preclásico hasta el final del Clásico. El arte teotihuacano parece surgir de tradiciones locales, en su esencia, enriqueciéndose con aportaciones de otras regiones de Mesoamérica.

De acuerdo con los datos glotocronológicos, el Protoclásico y el Clásico Temprano, que corresponden con el auge teotihuacano, vieron la separación del idioma proto-pame en pame del Norte y pame del Sur, así como la separación del idioma proto-otomí/mazahua en otomí y mazahua (Hopkins, 1984: 43, 52). Algunos investigadores (Josserand/Winter/Hopkins, 1984: 10) piensan que esta diferenciación regional se debe a la formación de “esferas de influencia política y económica”.

Si los teotihuacanos fueron proto-otomí/mazahuas, sus vecinos probablemente pertenecían a los siguientes grupos lingüísticos: hacia el Norte los pames; hacia el Suroeste (valle de Toluca y valle de Morelos occidental) los proto-matlatzinca/ocuiltecos; hacia el Sureste y Oriente, los proto-mixtecos, los proto-popolocanos y los proto-totonacanos (Smith, 1983: 17-33).

Los habitantes del Bajío (valles de Querétaro y Guanajuato), con una cultura distinta a la teotihuacana pero relacionada con ella, presentan un problema particularmente espinoso. Esta región parece haber tenido un carácter fronterizo, ubicándose cerca del “parteaguas” entre la gran tradición otomí de los valles centrales y la tradición nahua hacia el Oeste.

Sus habitantes pudieron haber sido otopames (¿proto-otomí/mazahuas?), colonizadores de la región desde periodos anteriores. Tal vez estaban presentes en la zona los pames.

Probablemente estaban presentes grupos de la familia yutoazteca, específicamente los nahuas, quienes se distinguían de sus parientes nómadas del norte por ser agricultores, por sus sociedades estratificadas y por la monumentalidad de sus asentamientos. Si los habitantes de los asentamientos mesoamericanos del Bajío fueron nahuas, se explicaría la similitud de ciertos aspectos de la cultura material entre el Bajío del Clásico y Tula durante el Posclásico Temprano (por ejemplo, la cerámica blanco levantado). Tal vez interactuaban dos o más de los mencionados grupos en los sitios sedentarios del Bajío (Wright, 1994).

Durante el Epiclásico (700-900 d.C.) el centro monumental en la calle de los Muertos de Teotihuacan se encontraba incendiado y abandonado, quedándose algunos habitantes en la periferia. Surgió entonces la cultura Coyotlatelco en los valles centrales. Se discute todavía si esta cultura representa los remanentes de la población teotihuacana, inmigrantes del Noroeste, grupos procedentes de la zona poblano-tlaxcalteca, o la fusión de los descendientes de los teotihuacanos con grupos de inmigrantes (Diehl, 1989; Mastache/Cobean, 1989).

El vacío dejado por Teotihuacan en los sistemas políticos y comerciales del Altiplano fue llenado por una serie de centros regionales: Tula (con su centro en Tula Chico, antes del desarrollo “tolteca”), Teotenango, Xochicalco, Cholula y Cacaxtla. Es posible que Teotenango y Xochicalco hayan sido centros proto-matlatzinca/ocuiltecos (Smith, 1983: 19). Por otra parte, el carácter ecléctico del arte en varios sitios del Epiclásico sugiere la existencia de poblaciones multiétnicas. Teotihuacan siguió siendo el centro de población más grande de la cuenca de México, aunque se observa una dispersión de la población en relación al periodo de su auge (Diehl, 1989).

Hay una corriente dentro de los antropólogos mesoamericanistas, según la cual Teotihuacan fue una ciudad nahua (e.g. Coe, 1995: 105; Luckenbach/Levy, 1980: 458). En 1975 Manrique publicó un mapa mostrando una presencia nahua en los valles centrales en 400 d.C., conviviendo con los otomíes en esta región. Este mapa fue publicado otra vez en dos trabajos de divulgación (Manrique, 1988: 163; 1993, 1994). Muchos antropólogos especializados en la lingüística, sin embargo, favorecen una fecha más tardía para la llegada inicial de los nahuas a esta región. Si los nahuas hubieran llegado al centro de México desde los inicios del Protoclásico, cuando surgió esta ciudad, probablemente habría varios idiomas emparentados con el náhuatl en los valles centrales, con una profundidad cronológica demostrada a través de la divergencia lingüística. Lo que encontramos es, al contrario, un idioma náhuatl, y sus variantes náhuat y náhuatl, con una diversificación interna poco profunda, desde Sinaloa hasta El Salvador (Luckenbach/Levy, 1980: 456). Esto habla de una gran expansión territorial en tiempos relativamente recientes.

De acuerdo con los estudios lingüísticos, el lugar de origen de los nahuas es en el Occidente de México, tal vez en la zona Colima-Jalisco-Nayarit. Esto se puede determinar porque ahí es donde se encuentran otros idiomas estrechamente emparentados con el náhuatl, pertenecientes también a la rama aztecaide de la familia yutoazteca: las lenguas huichol y cora, las cuales se separaron del proto-náhuatl en algún tiempo anterior al siglo X a.C. Según los estudios glotocronológicos, el idioma proto-náhuatl empezó a diversificarse hacia la primera mitad del siglo VI d.C., cuando se separó el pochuteco, lengua hablada en la costa de Oaxaca (Kaufman, 1974: 48; Luckenbach/Levy, 1980: 457; Swadesh, 1956: 177). El pipil, lengua hablada en Guatemala y El Salvador, parece haberse separado del proto-náhuatl hacia el siglo IX d.C. (Campbell, 1979: 969; Luckenbach/Levy, 1980: 456, 467).

Los datos arqueológicos del Occidente y Norte de México apoyan esta visión del origen occidental de los nahuas. En esta región hubo un desarrollo cultural importante durante los periodos Protoclásico y Clásico, seguido por una desintegración cultural hacia los siglos X y XI, cuando muchos sitios se despoblaron (Cabrera, 1989: 299-326; Galván, 1991: 297-303; López, 1989: 79; Weigand, 1993: 30). Es probable que algunos de estos grupos hayan migrado hacia los valles centrales de México, donde aparecen en algunos sitios, hacia el mismo tiempo, aspectos de la cultura material de los grupos noroccidentales (Braniff, 1989: 108; Mastache/Cobean, 1989). La mayor parte de las fuentes etnohistóricas de los nahuas apoya también la hipótesis de un origen noroccidental para los nahuas, seguido por una serie de migraciones hacia el Altiplano Central (e.g. Alva, 1975: 397; Velázquez, 1975: 6-7; Sahagún, 1979: lib. 10, cap. 29).

En resumen, el náhuatl y las lenguas estrechamente emparentados tienen una profundidad temporal muy limitada fuera del Occidente de Mesoamérica, en comparación con la milenaria presencia otomame en los valles centrales de México, la cual se demostró en los primeros incisos del presente trabajo. Es probable que los primeros nahuas hayan llegado a los valles centrales durante el Epiclásico, insertándose en un paisaje étnico básicamente otomame.

Los otomíes durante el periodo Posclásico (900-1520 d.C.)

En este inciso me enfocaré en el grupo otomí. Hemos visto que este idioma se separó del mazahua durante el Clásico, cuando florecía Teotihuacan. Durante el Posclásico los otomíes ya existían como un grupo lingüístico específico. Ahora dejaremos a un lado la glotocronología, para fijarnos en las fuentes etnohistóricas y en los estudios arqueológicos.

Los otomíes, durante el Posclásico, sufrieron la expansión de los nahuas dentro de su territorio ancestral. A partir de mediados del siglo X los nahuas “toltecas” lograron consolidar un estado poderoso en Tollan Xicocotitlan (Tula, Hidalgo). Por otra parte, el papel de los otomíes en el estado tolteca probablemente ha sido subestimado, debido a la tendencia, todavía muy difundida, de proyectar su situación política del momento de la Conquista hacia atrás. Hay buenas razones para suponer que los otomíes hayan tenido un papel importante dentro del nuevo orden político y comercial del Posclásico Temprano (900-1200 d.C.). El dominio nahua de los otomíes y otros grupos de otopames de los valles centrales fue un proceso gradual. En el Posclásico Temprano este proceso apenas iniciaba (Davies, 1987: 296-312).

Los nahuas toltecas, probablemente con la participación de grupos de otomíes, llevaron a cabo una reocupación parcial de la Mesoamérica marginal, la cual había experimentado un abandono general poco antes de la consolidación del estado tolteca en Tula. Hay sitios relacionados con Tula en los estados de Querétaro, Guanajuato y San Luis Potosí. Hacia la segunda mitad del siglo XII, tanto Tula como los centros toltecas del Norte fueron abandonados (Brambila/Castañeda/Crespo/Durán/Flores/Saint-Charles, 1988; Braniff, 1989; Cobean/Mastache/Crespo/Díaz, 1981).

Después de la destrucción de Tollan surgieron varios centros regionales de poder en los valles centrales, al mismo tiempo que llegaron nuevos inmigrantes del Norte y del Noroeste, repitiéndose el escenario del Epiclásico. En el norte de la cuenca de México los otomíes mantuvieron un centro de poder en Xaltocan, el cual parece haber dominado una amplia zona que se extendía hacia el Norte (Carrasco, 1950: 257-266; Nazareo, 1940). De acuerdo con estudios arqueológicos recientes (Brumfiel/Frederick, 1991; García, 1990), Xaltocan fue un centro regional importante desde finales del Epiclásico. Este asentamiento

otomí fue sometido por los tepanecas de Azcapotzalco y sus aliados en la última década del siglo XIV, unos ciento treinta años antes de la llegada de Cortés (Carrasco, 1950: 266; Davies, 1980: 233-234). La presencia de un centro de poder otomí en Xaltocan hasta esta fecha contradice la visión, muy difundida, de los otomíes como los eternos dominados (e.g. León-Portilla, 1984: 93).

Los otomíes también tuvieron un papel importante en la zona tepaneca, donde surgió Azcapotzalco como centro rector. En esta región estaban mezclados con matlatzincas y nahuas (Carrasco, 1950: 268-277). Azcapotzalco se convirtió en el centro más poderoso de la cuenca de México durante el siglo XIV y principios del XV (Davies, 1980: 149-156).

En 1428 los mexicas de Tenochtitlan lograron transformarse en la potencia política dominante de la región. Formaron una “triple alianza” con los acolhuas de Texcoco y los tepanecas de Tlacopan, derrotando a la ciudad de Azcapotzalco. Durante casi un siglo los mexicas y sus aliados aumentaron gradualmente su zona de control, dominando a los otomíes y otros grupos, aprovechando las viejas estructuras tributarias de la región. Los otomíes participaron en las guerras de los mexicas como auxiliares militares. Compartían con los mexicas el aspecto ritual de la guerra, a través del cual se sostenía al Sol con sangre humana y corazones. Este aspecto ritual de la guerra tiene sus raíces en la cultura teotihuacana (Wright, 1998).

Durante el Posclásico los nahuas, recién llegados desde el Noroeste, absorbieron buena parte de la antigua cultura de los otopames mesoamericanos y otros grupos del sur del Altiplano. Primero los toltecas y después los mexicas se asentaron entre las antiguas poblaciones otomíes del valle del Mezquital y el valle de México. Apropiaron muchos elementos de la cultura otomí. Un análisis detenido de los códices y otras fuentes etnohistóricas de los mixtecos, mexicas y otomíes demuestra que hubo una cultura

intelectual común en los valles centrales, compartida por diferentes grupos etnolingüísticos. La mayor antigüedad de los otopames en la región sugiere fuertemente que los otomíes y sus parientes lingüísticos hayan sido los creadores de muchos aspectos de esta cultura común (Wright, 1997: 437-442). Por otra parte, la antigua cultura del Noroeste, traída por los nahuas a los valles centrales, seguramente influyó a los otopames. Sería interesante profundizar en este problema, tratando de definir cuáles fueron las aportaciones de cada grupo, y de qué manera fueron asimilados por los demás. El hecho es que, cuando llegaron los españoles, no había diferencias importantes entre los diversos grupos lingüísticos de los valles centrales, en cuanto a su ideología y cultura intelectual.

Los otomíes durante el inicio del periodo Novohispano (1520-1650 d.C.)

Los otomíes tuvieron un papel importante en la conquista de la Nueva España. El primer enfrentamiento militar que tuvo Cortés en su marcha hacia Tenochtitlan fue con los otomíes de Tlaxcala. Durante la “noche triste” y el sitio de la capital mexicana los aliados otomíes prestaron apoyos logísticos y militares a los españoles (Prescott, sin fecha: 450). Después de la consolidación del dominio español, los otomíes de los valles centrales fueron sometidos a los sistemas de explotación económica de la encomienda, y después el repartimiento, mientras los frailes llevaban a cabo su labor de destrucción y sustitución cultural.

El hecho más significativo en la historia de los otomíes del siglo XVI fue la expansión territorial llevada a cabo por este grupo hacia el Bajío (Wright, 1988; 1989a; 1989c; 1993; 1994). He dividido este proceso en cuatro etapas, las cuales se resumen a continuación.

1. *La etapa clandestina* (1521-1540). Pequeños grupos de otomíes salieron de sus pueblos en los márgenes septentrionales del territorio otomí. Estos refugiados vivían, antes de la Conquista, dentro del estado tributario mexicana, cerca de su límite norte, en los actuales estados de México e Hidalgo. Mantenían relaciones comerciales con los chichimecas pames que vivían en los valles hacia el Norte, en los actuales estados de Querétaro y Guanajuato. Después de la Conquista estos otomíes aprovecharon su habilidad para entenderse con los nómadas, estableciendo asentamientos permanentes en los márgenes del río de Querétaro y el río Laja. De esta manera lograron evadir durante algunos años el dominio de los españoles, el pago de tributo a los encomenderos y la imposición de la religión cristiana por los frailes.

2. *La etapa de integración de los otomíes en el sistema novohispano* (1540-1550). La expansión de los ganaderos españoles y los misioneros franciscanos hacia el norte obligó a los otomíes a pagar tributo y someterse al proceso de la evangelización. Sus estructuras políticas se modificaron, creándose cabildos indígenas basados en los ayuntamientos españoles. Al mismo tiempo llegaron nuevos colonos otomíes hacia los pueblos recién fundados: San Miguel (hoy de Allende), Querétaro, Apaseo (hoy el Grande), Xichú y Puxinquía.

3. *La etapa armada* (1551-1590). Los otomíes se convirtieron en los principales aliados militares de los españoles en su lucha contra los chichimecas. Los caciques otomíes ganaron prestigio, privilegios y tierras a cambio de su apoyo para la defensa de los caminos de la plata, que ligaban a la ciudad de México con los nuevos centros mineros en Zacatecas y Guanajuato.

4. *Etapa de la posguerra* (1591-1650). Con el cese de las agresiones militares, llegaron muchos colonos españoles y tlaxcaltecas a las poblaciones del Bajío y regiones más al

Norte. Se consolidó una infraestructura regional con pueblos, minas, estancias ganaderas, tierras de cultivo y caminos, la cual permitiría el florecimiento económico de la sociedad novohispana durante la segunda mitad del siglo XVII, todo el siglo XVIII y la primera década del siglo XIX. Después de la Guerra Chichimeca los españoles ya no dependían tanto del apoyo de los otomíes como antes, y éstos perdieron gradualmente sus privilegios, su poder, sus tierras y el acceso al agua. Como respuesta a esta situación, algunos otomíes de la clase alta fabricaron documentos apócrifos para defender sus intereses económicos y políticos. Estos manuscritos, escritos hacia 1700 d.C., a menudo pretenden ser del siglo XVI (Wood, 1987; 1989; Wright, 1989c: 28-31, 78-80; 1997: 451-454). Han sido tomados por muchos historiados como documentos fidedignos, siendo en realidad el reflejo de una tradición oral, incluyendo elementos mitológicos. Son útiles para estudiar el concepto que tenían los otomíes sobre su propio pasado, pero deben usarse con mucha cautela cuando se trata de entender los sucesos del siglo de la Conquista (Wright, 1989c: 24-37; 1997: 451).

Bibliografía

- ALVA Ixtlilxóchitl, Fernando
1975 *Obras históricas*, vol. 1, Edmundo O’Gorman, editor, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- ARMILLAS, Pedro
1991 “Condiciones, ambientes y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica”, en *Pedro Armillas: vida y obra*, vol. 2, Teresa Rojas Rabiola, editora, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 207-232.
- BERNAL, Ignacio
1974 “Teotihuacan”, en *Historia de México*, vol. 1, José L. Lorenzo e Ignacio Bernal, coordinadores, Barcelona/México, Salvat Editores/Salvat Editores de México, pp. 221-240.
- BRAMBILA, Rosa; CASTAÑEDA, Carlos; CRESPO, Ana María; DURÁN, Trinidad; FLORES, Luz María; SAINT-CHARLES, Juan Carlos
1988 “Problemas de las sociedades prehispánicas del centro occidente de México, resumen”, en *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México, memoria*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 11-21.

- BRANIFF, Beatriz
1989 "Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo", en *Arqueología* (Dirección de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia), 2a. época, no. 1, ene.-jun., pp. 99-114.
- BROWN, Roy B.
1992 *Arqueología y paleoecología del norcentro de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- BRUMFIEL, Elizabeth M.; FREDERICK, Charles D.
1991 "Xaltocan: centro regional de la cuenca de México", en *Consejo de Arqueología, boletín* (Instituto Nacional de Antropología e Historia), pp. 24-30.
- BRUMFIEL, Elizabeth M.; SALCEDO, Tamara; SCHAFER, David K.
1994 "The lip plugs of Xaltocan, function and meaning in Aztec archaeology", en *Economies and politics in the Aztec realm*, Mary G. Hodge and Michael E. Smith, editores, Albany, Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York at Albany, pp. 113-131.
- CABRERA, María Teresa
1989 *Civilización en el norte de México*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- CAMPBELL, Lyle
1979 "Middle American languages", en *The languages of Native America: historical and comparative assessment*, Lyle Campbell y Marianne Mithon, editores, Austin/Londres, University of Texas Press, pp. 902-1000.
- CARRASCO Pizana, Pedro
1950 *Los otomíes, cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*, México, Instituto de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- COBEAN, Robert H.; MASTACHE de Escobar, Alba Guadalupe; CRESPO, Ana María; DÍAZ, Clara L.
1981 "La cronología de la región de Tula", en *Interacción cultural en México central*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 187-214.
- COE, Michael D.
1995 *Mexico*, 1a. reimpresión de la 4a. ed., Nueva York, Thames and Hudson.
- CORTÉS, Hernán
1963 *Cartas de relación*, 2a. ed., México, Porrúa.
- DAVIES, Nigel
1980 *The Toltec heritage, from the fall of Tula to the rise of Tenochtitlán*, Norman, University of Oklahoma Press.
1987 *The Toltecs, until the fall of Tula*, 1a. reimpresión, Norman, University of Oklahoma Press.
- DIEHL, Richard A.
1989 "A shadow of its former self: Teotihuacan during the Coyotlatelco period", en *Mesoamerica after the decline of Teotihuacan, A.D. 700-1000*, Richard A. Diehl y Janet Catherine Berlo, editores, Washington, Dumbarton Oaks, pp. 9-18.
- FLANNERY, Kent V.
1968 "The Olmec and the Valley of Oaxaca: a model for inter-regional interaction in Formative

times”, en *Dumbarton Oaks conference on the Olmec*, Elizabeth P. Benson, editora, Washington, Dumbarton Oaks, pp. 79-117.

GALVÁN, Luis Javier

1991 *Las tumbas de tiro del valle de Atemajac, Jalisco*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

GARCÍA Samper, María Asunción

1990 “La presencia otomí-matlame en la región norte de la cuenca de México; un caso el de la confederación de señorios: Xaltocan-Ecatepec-Chiconauhtlan s. IX-XII”, en *Mesoamérica y norte de México, siglo IX-XII, seminario de arqueología “Wigberto Jiménez Moreno”*, vol. 2, Federica Sodi Miranda, coordinadora, México, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 363-390.

GÜEMES, Lina Odena

1994 “Los otomíes de Tlaxcala: ¿antiguos pobladores o inmigrantes recientes?”, en *Antropología* (Instituto Nacional de Antropología e Historia), nueva época, no. 41, pp. 2-5.

HARVEY, Herbert R.

1964 “Cultural continuity in central Mexico: a case for Otomangue”, en *XXXV congreso internacional de americanistas, México, 1962, actas y memorias*, vol. 2, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 525-532.

HOPKINS, Nicholas A.

1984 “Otomanguean linguistic prehistory”, en *Essays in Otomanguean culture history*, Nashville, Vanderbilt University, pp. 25-64.

JOSSERAND, J. Kathryn; WINTER, Marcus C.; HOPKINS, Nicholas A.

1984 “Introduction”, en *Essays in Otomanguean culture history*, Nashville, Vanderbilt University, pp. 1-24.

KAUFMAN, Terrence

1974 *Idiomas de Mesoamérica*, Guatemala, Editorial José de Pineda Ibarra/Ministerio de Educación.

LASTRA, Yolanda

1995 “Estudios antiguos y modernos sobre lengua otomí”, en *Anales de antropología* (Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México), vol. 29, pp. 453-489.

LEÓN-PORTILLA, Miguel.

1981 *El reverso de la conquista*, 1a. reimpresión de la 7a. ed., México, Joaquín Mortiz.

1984 *Literaturas de Mesoamérica*, México, Secretaría de Educación Pública.

LONGACRE, Robert

1972 “Systemic comparison and reconstruction”, en *Handbook of Middle American Indians, volume five, linguistics*, 2a. reimpresión de la 1a. ed., Norman McQuown, editor del vol., Austin, University of Texas Press, pp. 117-159.

LÓPEZ Luján, Leonardo

1989 *Nómadas y sedentarios, el pasado prehispánico de Zacatecas*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

LUCKENBACH, Alvin H.; LEVY, Richard S.

1980 “The implications of Nahua (Aztec) lexical diversity for Mesoamerican culture-history”, en *American antiquity* (Society for American Archaeology), vol. 45, no. 3, jul., pp. 455-461.

- MACNEISH, Richard S.
 1964 "Ancient Mesoamerican civilization", en *Science*, no. 143, pp. 531-537.
 1995 "Investigaciones arqueológicas en el valle de Tehuacán", en *Arqueología mexicana* (Instituto Nacional de Antropología e Historia/Editorial Raíces), vol. 3, no. 13, pp. 18-23.
- MACNEISH, Richard S.; NELKEN-TERNER, Antoinette; JOHNSON, Irmgard W.
 1967 *The prehistory of the Tehuacan Valley, volume two, nonceramic artifacts*, Austin/Londres, University of Texas Press.
- MANRIQUE Castañeda, Leonardo
 1975 "Relaciones entre las áreas lingüísticas y las áreas culturales", en *XIII mesa redonda, balance y perspectiva de la antropología de Mesoamérica y del norte de México*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 137-160.
 1988 *Atlas cultural de México, lingüística*, Leonardo Manrique Castañeda, coordinador, México, Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Planeta.
 1993,1994 "Las lenguas prehispánicas en el México actual", en *Arqueología mexicana* (Instituto Nacional de Antropología e Historia/Editorial Raíces), vol. 1, no. 5, pp. 6-13.
- MARCUS, Joyce
 1983 "The genetic model and the linguistic divergence of the Otomangueans", en *The cloud people, divergent evolution of the Zapotec and Mixtec civilizations*, Nueva York/Londres, Academic Press, pp. 4-9.
- MASTACHE de Escobar, Alba Guadalupe; COBEAN, Robert H.
 1989 "The Coyotlatelco culture and the origins of the Toltec state", en *Mesoamerica after the decline of Teotihuacan, A.D. 700-900*, Richard A. Diehl y Janet Catherine Berlo, editores, Washington, Dumbarton Oaks, pp. 49-67.
- MUNTZEL, Martha C.
 1988 "Las lenguas otopames", en *La antropología en México, panorama histórico, 3. Las cuestiones medulares (antropología física, lingüística, arqueología y etnohistoria)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 109-134.
- NAZAREO, Pablo
 1940 "Carta al rey don Felipe II", traducción del latín de Agustín Millares Carlo, en *Epistolario de Nueva España, 1505-1818*, vol. 10, Francisco del Paso y Troncoso, compilador, México, Antigua Librería Robredo, pp. 109-129.
- NIEDERBERGER Betton, Cristina
 1976 *Zohapilco, cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la cuenca de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
 1987 *Paleopaysages et archeologie pre-urbaine du bassin de Mexico*, 2 vols., México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines.
- PALERM, Ángel
 1980 "Sistemas de regadío prehispánico en Teotihuacan y en el pedregal de San Ángel", en Ángel Palerm y Eric Wolf, *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, 2a. ed., México, Secretaría de Educación Pública/Diana, pp. 95-108.
- PRESCOTT, William H.
 sin fecha *History of the conquest of Mexico and History of the conquest of Peru*, Nueva York, Random House.
- RATTRAY, Evelyn
 1987 "Los barrios foráneos de Teotihuacan", en *Teotihuacan, nuevos datos, nuevas síntesis, nuevos problemas*, Emily McClung de Tapia y Evelyn Childs Rattray, editoras, México, Instituto de

Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 243-273.

REILLY, F. Kent III

1989 "The shaman in transformation pose: a study of the theme of rulership in Olmec art", in *Record of the Art Museum of Princeton University*, vol. 48, no. 2, pp. 5-21.

SAHAGÚN, Bernardino de

1979 *Códice florentino*, 3 vols., facsímil, Italia, Secretaría de Gobernación/Giunti Barbèra.

SMITH, Michael Ernest

1983 *Postclassic culture change in western Morelos, Mexico: the development and correlation of archaeological and ethnohistorical chronologies*, tesis doctoral, University of Illinois at Urbana-Champaign.

SOUSTELLE, Jacques

1937 *La famille Otomi-Pame du Mexique central*, París, Institut D'Ethnologie.

1993a *La familia otomí-pame del Centro de México*, María de los Ángeles Ambriz, traductora, México, Instituto Mexiquense de Cultura/Universidad Autónoma del Estado de México/Ateneo del Estado de México.

1993b *La familia otomí-pame del México Central*, Nilda Mercado Baigorria, traductora, México, Fondo de Cultura Económica.

SWADESH, Morris

1972 "Lexicostatistic classification", en *Handbook of Middle American Indians, volume five, linguistics*, 2a. reimpression de la 1a. ed., Norman McQuown, editor del vol., Austin, University of Texas Press, pp. 79-115.

1956 "Algunas fechas glotocronológicas importantes para la prehistoria nahua", en *Revista mexicana de estudios antropológicos* (Sociedad Mexicana de Antropología), tomo 14, 1a. parte, pp. 173-192.

VELÁZQUEZ, Primo Feliciano (editor)

1975 *Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles*, 2ª ed., México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.

WEIGAND, Phil C.

1993 *Evolución de una civilización prehispánica, arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993.

WINTER, Marcus C.; GAXIOLA G., Margarita; HERNÁNDEZ D., Gilberto

1984 "Archeology of the Otomanguan area", en *Essays in Otomanguan culture history*, J. Katherine Josserand, Marcus Winter y Nicholas Hopkins, editores, Nashville, Vanderbilt University, pp. 65-108.

WOOD, Stephanie

1987 "Pedro de Villafranca y Juana Gertrudis Navarrete: falsificador de títulos y su viuda (Nueva España, siglo XVIII)", en *Lucha por la supervivencia en la América colonial*, David G. Sweet y Gary B. Nash, editores, David Huerta y Juan José Utrilla, traductores, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 472-485.

1989 "Don Diego García de Mendoza Moctezuma: a Techialoyan mastermind?", en *Estudios de cultura náhuatl* (Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México), vol. 19, pp. 245-268.

WRIGHT Carr, David Charles

1982 *The sixteenth century murals of the Augustinian monastery at Ixmiquilpan, Hidalgo, Mexico*, tesis para obtener el grado de Maestría en Bellas Artes, San Miguel de Allende, Gto., Instituto Allende.

- 1988 *Conquistadores otomíes en la Guerra Chichimeca: dos documentos en el Archivo General de la Nación*, Querétaro, Secretaría de Cultura y Bienestar Social, Gobierno del Estado de Querétaro.
- 1989a “Conni/C’óhni/Conín: Hernando de Tapia en la historia de Querétaro”, en *El heraldo de Navidad* (Patronato de las Fiestas de Querétaro), pp. 16-21.
- 1989b “Guanajuato”, en *Field trip guide, 1989 conference of Latin Americanist geographers*, Austin, Department of Geography, University of Texas at Austin, pp. 125-154.
- 1989c *Querétaro en el siglo XVI: fuentes documentales primarias*, Querétaro, Secretaría de Cultura y Bienestar Social, Gobierno del Estado de Querétaro.
- 1993 “La conquista del Bajío y los orígenes de San Miguel de Allende”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo 36, pp. 251-293.
- 1994 “La colonización de los estados de Guanajuato y Querétaro por los otomíes según las fuentes etnohistóricas”, en *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*, Eduardo Williams, editor, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 379-411.
- 1997 “Manuscritos otomíes del Virreinato”, en *Códices y documentos sobre México, segundo simposio*, Salvador Rueda Smithers, Constanza Vega Sosa y Rodrigo Martínez Baracs, editores, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 437-462.
- 1998 “La iconografía de la guerra en el Altiplano Central”, en *Historia comparativa de las religiones*, Henryk Karol Kocyba y Yólotl González Torres, coordinadores, México, Eduvem/Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 291-354.